

## Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones

*Elizabeth Jelin*

CONICET-Instituto de Desarrollo Económico y Social  
elijelin@gmail.com

RESUMEN: En el presente artículo abordo el problema de la militancia en la historia reciente de las memorias del Cono Sur mediante un análisis de las dinámicas de silencio y reivindicación. El texto se divide en tres secciones. En la primera realizo una introducción conceptual a la noción de “memorias”. En un segundo momento hago una discusión de la experiencia italiana de investigación de memorias de la Resistencia. Finalmente, vuelvo al caso de la Argentina, con el objetivo de abordar las trayectorias más importantes de la discusión sobre militancia y lucha armada en el país. A lo largo del artículo enfatizo la dimensión conflictiva y polémica que conlleva cualquier proceso de rememoración.

PALABRAS CLAVE: militancia, lucha armada, memorias, Cono Sur, silencios y olvidos.

MILITANTS AND COMBATANTS IN THE HISTORY OF MEMORIES: SILENCES,  
DENUNCIATIONS AND VINDICATIONS

ABSTRACT: In the following paper I approach the problem of militancy in the recent history of Southern Cone memories through an analysis of the dynamics

of silence and vindication. The text is divided in three parts. First, I make a conceptual introduction concerning the notion of “memories”. Secondly, I discuss the Italian research experience with respect to the memories of the Resistance. Finally, I go back to the Argentinean case trying to give an account of the most important trajectories in the discussion of militancy and armed struggle in the country. Throughout the article I emphasise the conflictive and polemic dimension that any process of recall carries with it.

KEYWORDS: militancy, armed struggle, memories, Southern Cone, silences and forgetting.

Las dictaduras de los años setenta en el Cono Sur ya son historia. Historia reciente, pero historia al fin. Las transiciones y los regímenes constitucionales que sucedieron a los gobiernos dictatoriales han ido consolidando su vigencia, aun cuando el debate y el conflicto socio-político se mantienen vivos en términos de las expectativas de construcción y de profundización democráticas, tanto en lo institucional como en lo sustantivo. En estos escenarios de la post-transición, las memorias del pasado dictatorial, de los conflictos y la violencia políticos y del terrorismo de Estado se han instalado en una posición central en las políticas públicas y en la producción cultural de cada país.

Esta preeminencia no es privativa de esta región del mundo. Las luchas por los sentidos del pasado, por sus memorias y sus conmemoraciones, por su sentido histórico y su vínculo con expectativas de futuro, están presentes en gran parte del mundo, activadas por actores y grupos sociales que bregan por el esclarecimiento de lo ocurrido, por la conmemoración y por el reclamo de reconocimiento y de asunción de responsabilidades por parte del Estado.

Este trabajo se inserta en dicho contexto. Parte de la premisa que afirma que las memorias del pasado no están, ni pueden estar, fijadas y cristalizadas, sino que cambian a lo largo del tiempo. De ahí la idea de trabajar sobre la “historia de las memorias”. En buena medida, esta historia está marcada por transformaciones y cambios en quiénes hablan y quiénes callan, en lo que se dice, en lo que se visibiliza y en lo que se silencia. Hay temas sobre los que en una coyuntura histórica “no se habla”, para ser recuperados después, en escenarios políticos que habilitan hablar de lo

silenciado. O lo que en un momento se dice o se grita pierde centralidad y es cubierto por silencios en un momento posterior.

El texto que sigue tiene tres partes. En la primera hago una corta presentación conceptual sobre la noción de “memorias”; de ahí nos vamos a Italia, para mirar cómo las luchas y conflictos alrededor de las figuras de combatientes (en ese caso, de la Resistencia) se dieron en ese país; finalmente, un retorno a Argentina, tratando de hacer un poco de historia reciente de las memorias de la militancia y de la lucha armada, para señalar procesos y trayectorias, siempre múltiples y conflictivos<sup>1</sup>.

#### SOBRE MEMORIAS Y SILENCIOS

La vida cotidiana está constituida fundamentalmente por rutinas, comportamientos habituales, no siempre reflexivos, aprendidos y repetidos. El pasado del aprendizaje y el presente de su memoria se convierten en hábito y en tradición. Son parte de la vida “normal”. No hay nada “memorable” en el ejercicio cotidiano de estas memorias. Estos comportamientos están enmarcados socialmente en la familia, en la clase social y en las tradiciones de otras instituciones. Los quiebres en esas rutinas esperadas involucran al sujeto de manera diferente, en tanto hay un compromiso afectivo que altera esos momentos y los hace “memorables”. En ese momento, el acontecimiento o el proceso vivido cobra una vigencia que impulsa a la búsqueda de sentido. El acontecimiento rememorado o “memorable” tomará entonces alguna forma narrativa, convirtiéndose en un relato comunicable.

Hablar de memorias significa hablar del presente. En verdad, la memoria no es el pasado, sino la *manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado*, un pasado que cobra sentido en su enlace con el presente en el acto de rememorar/olvidar; así como también en función de un futuro deseado. El presente contiene y construye la experiencia pasada y las expectativas futuras. Y en ese punto de intersección complejo, en ese

<sup>1</sup> Versión revisada del texto publicado en *Lucha Armada en la Argentina*, Año 5, Anuario, 2010, pp. 70-83. Agradezco los comentarios y sugerencias de Susana G. Kaufman y Federico G. Lorenz a una versión preliminar de este texto.

presente donde el pasado es el espacio de la experiencia y el futuro es el horizonte de expectativas, es donde se produce la acción humana.

Se trata, entonces, de procesos subjetivos en la construcción de significaciones y de los escenarios sociales en que estos procesos se dan, donde los sujetos de la acción se mueven y orientan (o se desorientan y se pierden) en un presente que se tiene que acercar y alejar simultáneamente de esos pasados recogidos en los espacios de experiencia y de los futuros incorporados en horizontes de expectativas. Esos sentidos se construyen y cambian en relación y en diálogo con otros y otras, que pueden compartir y confrontar las experiencias y expectativas, individual y grupalmente. Nuevos procesos históricos, nuevas coyunturas y escenarios sociales y políticos, además, no pueden dejar de producir modificaciones en los marcos interpretativos para la comprensión de la experiencia pasada y para construir expectativas futuras. Multiplicidad de tiempos, multiplicidad de sentidos, y la constante transformación y cambio en actores y procesos históricos, estas son algunas de las dimensiones de la complejidad<sup>2</sup>.

En todos los casos, el olvido y el silencio ocupan un lugar central. Toda narrativa del pasado implica una selección. La memoria es selectiva; la memoria total es imposible. Tampoco hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan expresiones de olvidos y silencios. Un primer tipo de olvido es profundo, llamémoslo “definitivo”, que responde al borramiento de hechos y procesos del pasado producidos en el propio devenir histórico. La paradoja es que si el borramiento total es exitoso, su mismo éxito impide su comprobación. A menudo, sin embargo, pasados que parecían olvidados “definitivamente” reaparecen y cobran nueva vigencia a partir de cambios en los marcos

<sup>2</sup> También hay vivencias pasadas que reaparecen en momentos posteriores, y el sujeto no puede darle sentido: son las “heridas de la memoria”, situaciones en las que la represión y la disociación actúan como mecanismos psíquicos que provocan interrupciones, quiebres y huecos traumáticos en la capacidad narrativa. Es la imposibilidad de dar sentido al acontecimiento pasado, la imposibilidad de incorporarlo narrativamente, coexistiendo con su presencia persistente y su manifestación en síntomas, lo que indica la presencia de lo traumático. Las repeticiones y dramatizaciones traumáticas son “trágicamente solitarias”, mientras que las memorias narrativas son construcciones sociales comunicables a otros. En este nivel psicosocial, el olvido no es ausencia o vacío. Es la presencia de esa ausencia, la representación de algo que estaba y ya no está, borrada, silenciada o negada.

culturales y sociales que impulsan a revisar y dar nuevo sentido a huellas y restos a los que no se les había dado ningún significado durante décadas o siglos.

Los borramientos pueden ser producto de una voluntad o política de olvido y silencio por parte de actores que elaboran estrategias para ocultar y destruir pruebas y rastros que impidan la recuperación de los recuerdos en el futuro —recordemos la célebre frase de Himmler, cuando declaró que la “solución final” fue una “página gloriosa de nuestra historia, que no ha sido jamás escrita, y que jamás lo será” (citado en Shirer 1259)—<sup>3</sup>. En casos así, hay un acto político voluntario de destrucción de pruebas y huellas, con el fin de promover olvidos selectivos. Sin embargo, los recuerdos y memorias de protagonistas y testigos no pueden ser manipulados de la misma manera —excepto a través de su exterminio físico—. Es por eso que toda política de conservación y de memoria, al seleccionar huellas para preservar, conservar o conmemorar, tiene implícita una voluntad de olvido. Esto incluye, por supuesto, a los propios historiadores e investigadores que eligen qué contar, qué representar o qué escribir.

Lo que el pasado deja son *huellas*: en las ruinas y marcas materiales, en las huellas mnémicas, en la dinámica psíquica de las personas, en el mundo simbólico. Pero esas huellas, en sí mismas, no constituyen “memoria”, a menos que sean evocadas y ubicadas en un marco que les dé sentido. La dificultad no radica solamente en que hayan quedado pocas huellas, o que los restos del pasado hayan sido destruidos, sino en los impedimentos para acceder e interpretar esas huellas, ocasionados a veces por mecanismos de represión y desplazamiento (que pueden provocar distorsiones y transformaciones en distintas direcciones y de diverso tipo).

Está también el olvido “evasivo”, que refleja un intento de no recordar lo que puede herir. En el plano personal, son “olvidos”, o mejor dicho, “silencios y secretos” acerca de situaciones conflictivas o vergonzantes. En lo social, se da especialmente en períodos históricos posteriores a grandes catástrofes sociales, masacres y genocidios que generan, entre quienes han sufrido la violencia, una voluntad de no querer saber, de evadirse de los

<sup>3</sup> Himmler dijo esta frase a los generales de las SS el 4 de octubre de 1943. (Agradezco a Cacho Lotersztain el haberme señalado el error cometido en una versión anterior de este trabajo, y su búsqueda bibliográfica que permite subsanarlo).

recuerdos para poder seguir viviendo. (Semprún tituló el libro en el que cuenta su experiencia en Buchenwald, escrito cincuenta años después de la liberación, *La escritura o la vida*).

Aquí llegamos a los silencios. Existen silencios impuestos por temor, que van desde la violencia doméstica o el acoso sexual en lo interpersonal hasta los silencios políticos que hemos vivido tan de cerca en los regímenes políticos dictatoriales en la España franquista o en las dictaduras del Cono Sur. En estos casos, sobreviven recuerdos dolorosos que “esperan el momento propicio para ser expresados” (Pollak). Silencios por temor, silencios para proteger y cuidar a los otros, para no herir ni transmitir padecimientos. Silencios para poder “seguir viviendo” y compartir la vida, quizás conviviendo cotidianamente con quienes causaron sufrimientos y dolores en el pasado (Theidon). En suma, silencios “estratégicos” individuales y sociales —que incluyen los silencios de actores que tienen que orientarse en escenarios políticos siguiendo criterios de oportunidad y conveniencia—.

Hay otra lógica en el silencio. Para relatar es necesario encontrar del otro lado la voluntad de escuchar. El temor a ser incomprendido lleva a silencios. Encontrar a otros con capacidad de escuchar es central en el proceso de quebrar silencios. Quizás sea esta ausencia de capacidad de escucha y su aparición muchos años después, para dar un ejemplo muy elocuente, lo que ha llevado a las mujeres chilenas a silenciar la violación sexual en la tortura, para quebrar públicamente todos esos silencios treinta años después, cuando se abrió un espacio institucional legítimo de escucha a través de Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, con un informe hecho público en 2004<sup>4</sup>.

Volvamos a la memoria como operación de dar sentido al pasado. ¿Quiénes deben darle sentido? ¿Qué pasado? Son individuos y grupos en interacción con otros, agentes activos que recuerdan, y que a menudo intentan transmitir y aun imponer sentidos del pasado a otro/as, diversos y plurales, que pueden o no tener la voluntad de escuchar. Hay pasados autobiográficos, experiencias vividas “en carne propia”. Para quienes vivieron un evento o experiencia, haberlo atravesado puede ser un hito

<sup>4</sup> En Argentina, el tema está saliendo del silencio solo ahora. (Véase: suplemento “Las doce”, *Página 12*, 19 de marzo de 2010).

central de su vida y su memoria. Están también quienes no tuvieron la “experiencia pasada” propia. Esta falta de experiencia los pone en una aparente otra categoría: son “otro/as”. Para este grupo, la memoria es una *representación del pasado construida como conocimiento cultural compartido por generaciones sucesivas y por diverso/as “otro/as”*. En verdad, es en este compartir donde la dimensión intersubjetiva y social de la experiencia y la memoria se torna clave.

Hay por parte de los actores en los diversos escenarios la intención o voluntad de presentar *una* narrativa del pasado, y las luchas son por intentar imponer *su* versión del pasado como hegemónica, legítima, “oficial”, normal, incorporada al sentido común. Cuando se trata de pasados de represión o de situaciones límite, pueden existir intentos políticos de cierre, de solución o sutura final de las cuentas con ese pasado. Sin embargo, estos intentos serán siempre cuestionados y contestados por otro/as. Los procesos de construcción de memorias son siempre abiertos, y “nunca acabados” (Jelin).

Estas consideraciones tienen varias implicaciones para las estrategias de análisis de las elaboraciones acerca de pasados políticamente conflictivos y de situaciones límite: primero, la necesidad de abordar los procesos ligados a las memorias tomando en cuenta escenarios políticos de lucha acerca de los sentidos del pasado; segundo, la necesidad de abordar el tema desde una perspectiva histórica, es decir, pensar los procesos de memoria como parte de la dinámica social, cultural y política, en un devenir que implica cambios y elaboraciones en los sentidos que actores específicos dan a esos pasados de conflicto político y represión; tercero, reconocer que el “pasado” es una construcción cultural sujeta a los avatares de los intereses presentes en cada momento. Sin embargo, las memorias no son un producto totalmente dependiente de esos intereses; son simultáneamente parte activa en la construcción y expresión de los mismos. La continuidad en las imágenes y sentidos del pasado, o la elaboración de nuevas interpretaciones y su aceptación o rechazo sociales, producen efectos materiales, simbólicos y políticos, e influye en las luchas por el poder. De lo que se trata es de trayectorias históricas en las expresiones de memoria: lo que se hace en un escenario y un momento dado depende de la trayectoria anterior del tema, y ésta condiciona (abre y cierra posibilidades) sus desarrollos futuros.

## UN EXCURSO EUROPEO

Voy a dar un rodeo por Italia y la historia de las imágenes sociales de los partisanos activos durante la Segunda Guerra Mundial. Mi fuente: los múltiples trabajos de Alessandro Portelli basados en testimonios e historias orales, indagando a partir de sus puntos de encuentro y desencuentro con la “verdad” de los acontecimientos históricos (Portelli “O massacre de Civitavella”, “Memoria e identidad”, *La orden ya fue ejecutada*).

Durante la guerra fría, la Resistencia fue mayormente olvidada, evitando “temas controvertidos” que hicieran referencia a la múltiple inserción de los italianos en la guerra: los que apoyaron matanzas y masacres realizadas por los nazis, los italianos del Duce y los partisanos. Las memorias de la Resistencia quedaron en manos de la izquierda, en el momento en que la izquierda italiana quería establecer su legitimidad democrática. Por ello, los aspectos más militarizados fueron desplazados:

La imagen del partisano *moribundo* reemplazó a la del partisano *combatiente* en monumentos, pinturas y en la imaginación en general. Irónicamente, la Resistencia se convirtió en una guerra recordada y celebrada en sus derrotas más que en sus triunfos: los partisanos mueren, nunca matan. De esta manera, la memoria nacional logró delegar toda la violencia al enemigo (los alemanes; para la izquierda también los fascistas) y presentar una imagen virtuosa y pacificada, no violenta y respetable, de los comienzos nacionales (Portelli, “Memoria e identidad” 169).

En décadas posteriores, inclusive con la llegada al gobierno italiano de coaliciones de centro-izquierda, se va imponiendo una “cultura de la paz” y dentro de ella, las memorias partisanas de experiencias de guerra y violencia tienen poco o ningún lugar. Al mismo tiempo, se instala en la izquierda el debate histórico: ¿qué fue la Resistencia? ¿Una guerra de liberación nacional contra los alemanes? ¿Una guerra de clases? ¿Una guerra civil entre partisanos y fascistas?<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> En este punto, Portelli (“Memoria e identidad”) hace referencia al libro de Pavone, historiador radical y ex partisano, *Una Guerra civile. Saggio sulla moralità nella Resistenza*.

¿Cómo enfrentar este “redescubrimiento” de la Resistencia como “guerra”? ¿Cómo responder a interpelaciones de jóvenes que habían sido educados en una imagen de partisanos víctimas que dieron sus vidas por el país, y que ahora descubrían que los partisanos también mataron por su país? Los datos podían haber estado antes en las investigaciones históricas académicas, pero ¿cómo enfrentar estos hechos cuando pasan a la discusión política?

Se plantea entonces el tema de las equivalencias: ambos, fascistas y partisanos lucharon por *su* versión y *su* ideal de Italia. La argumentación podría entonces afirmar que “ambos lo hicieron de buena fe; ambos murieron; y todos los muertos se igualan” (Portelli, “Memoria e identidad” 175). Que los fascistas mataron y asesinaron era sabido. En realidad, lo que cambia es la imagen de los partisanos, quienes además de morir y ser víctimas, también mataron. Con esto, hay víctimas de ambos lados. La desilusión social de ese descubrimiento pone a la Resistencia en el lugar criminal y asesino, con lo cual los otros, los fascistas, quedan peligrosamente cerca del papel de “los buenos”<sup>6</sup>.

Gran parte de las investigaciones de Portelli apuntan a explicar cómo ciertas interpretaciones de acontecimientos históricos llegan a convertirse en dominantes o hegemónicas, silenciando u ocultando otras. Estos procesos no son azarosos sino que son el resultado (no siempre previsible o deseado) de complejas luchas políticas, ideológicas y simbólicas en cada período histórico, y se van transformando según los avatares de esas luchas y conflictos políticos.

Salgamos de Italia: en España, setenta años después del fin de la Guerra Civil, uno de los ejes de los debates y conflictos acerca de “la memoria histórica” (incluyendo la ley de 2007 y el “Memorial Democrático” en Catalunya) es el tema de “la equivalencia”. Los fascistas y franquistas fueron sanguinarios en su represión y criminalidad. Esto está claro. Pero tres años de Guerra Civil produce víctimas de ambos lados. ¿Dónde

<sup>6</sup> Portelli menciona la versión alternativa, que no es la de la criminalidad fascista, sino la del “heroísmo en el centro: los fascistas y los comunistas fueron extremistas ideológicos que pusieron en riesgo la vida de todos, mientras que los únicos héroes verdaderos fueron aquellos en la zona gris, cuya única preocupación fue la supervivencia... [L]a virtud que se exalta en esta zona gris es menos la resistencia activa que la flexibilidad pasiva...” (Portelli, “Memoria e identidad” 176).

ubicar la violencia del “otro lado”, el de la República? Si el foco está en las víctimas, ¿son las de ambos lados víctimas equivalentes? ¿Cómo encarar políticamente el tema? (Vinyes).

### ¿HÉROES, MÁRTIRES, VÍCTIMAS, COMBATIENTES, O QUÉ?

Las memorias e imágenes del pasado reciente en Argentina tienen una historia de focos y borramientos, centros de atención y silencios. Se trata de varios temas y acontecimientos superpuestos: las memorias de la represión dictatorial, pero también las del activismo y la conflictividad política previas. También, de manera más opaca, las memorias de la lucha armada. La historia es sinuosa, llena de sordas controversias, de silencios y denegaciones, de memorias subterráneas y de “descubrimientos”. Quienes participaron en esta historia lo han hecho desde posturas políticas y desde compromisos ideológicos, éticos y ciudadanos específicos.

En el momento del golpe de Estado, los militares elaboraron el sentido de sus acciones políticas poniendo el énfasis en su rol “salvador”, como defensores y garantes últimos de la nación frente a la amenaza cristalizada en “la subversión” o la infiltración del “comunismo internacional”. En parte, este discurso era la respuesta militar al discurso revolucionario de la izquierda en los años anteriores. Ya las proclamas iniciales y la manera como el acontecimiento fue presentado a la población expresaban el sentido que se pretendía instalar —esta visión salvadora de sí mismos y satanizadora del enemigo—. El evento, entonces, instalaba su propia determinación de conmemorarse, y en ese presente que se proyectaba hacia el futuro se podía encontrar el propio sentido de la acción y la intención de perdurar y transmitir. Es que en los grandes acontecimientos, la temporalidad se comprime: pasado y presente elaboran el libreto para la rememoración futura.

Después de la transición, esta caracterización fue relegada a espacios corporativos (los cuarteles y círculos militares) y pequeños grupos de derecha, sin una presencia conspicua en la esfera pública, aunque con una labor sistemática de publicación de libros y, en la era de Internet, sitios web y participación en debates y blogs. Después de algunos años de silencio público, quienes reivindican los actos cometidos por la dictadura militar en nombre de la “defensa de la patria”, reclamando un rol salvador a los

militares frente al caos, están ganando voz en la esfera pública. Instancias de la expresión pública de estas imágenes son el movimiento “Memoria Completa”, que habla de los “terroristas subversivos”, así como las declaraciones de algunos de los militares (o sus defensas) acusados en los juicios que se están llevando a cabo. Al retomar las banderas enarboladas por los militares en los años setenta, el otro, el enemigo de entonces (y de ahora), es presentado como el terror asesino de la subversión.

Frente al poder militar dictatorial, la oposición no tardó en conformar un colectivo social de gran centralidad desde entonces, el “movimiento de derechos humanos”, cuya tarea inicial fue intentar denunciar y detener la violencia terrorista estatal y averiguar el destino de sus víctimas. La figura de “la víctima” fue la imagen dominante, imagen coherente con la implantación paulatina pero firme del paradigma de los derechos humanos. En efecto, si antes los enfrentamientos y las luchas sociales y políticas eran interpretados en términos de lucha de clases o de revoluciones nacionales, la incorporación de la clave “violaciones a los derechos humanos” fue una verdadera revolución paradigmática. Esta definición implica concebir al ser humano como portador de derechos inalienables y asigna al Estado la responsabilidad central de garantizar la vigencia y el cumplimiento de esos derechos. Al mismo tiempo, implica poner el acento sobre la violación y el sufrimiento de la víctima (pasiva), antes que sobre su compromiso (activo) con un proyecto o una acción política significativa. Con esta imagen dominante, la memoria combatiente no necesariamente se olvida; más bien se silencia y queda como “memoria subterránea” (Pollak).

Las imágenes del detenido-desaparecido, de la tortura y el asesinato, generadas durante la dictadura para la denuncia y los intentos de poner freno a esa violencia, fueron también las dominantes durante los años de la transición. Pocos (la organización de *Familiares* fue la única que reconoció las “razones políticas” en su propio nombre) incorporaron la militancia activa en la formulación de sus demandas. La militancia política y la lucha armada estaban silenciadas y opacadas para los sujetos, que eran principal si no exclusivamente víctimas.

El lenguaje y la imagen idealizada de la familia constituían la figura medular del discurso y de las prácticas del movimiento de derechos humanos. Lo que estaban denunciando eran crímenes en contra de la familia, proyectando al mismo tiempo una imagen de “buen hijo/a”

del/a joven desaparecido/a y de una vida familia “normal”<sup>7</sup>. La imagen paradigmática es aquella de la MADRE simbolizada por las *Madres de la Plaza de Mayo* con sus pañales-pañuelos en la cabeza, la madre que deja su ámbito doméstico y privado “natural” de vida familiar para invadir la esfera pública en busca de su hijo/a secuestrado-desaparecido/a. Rescatar los rasgos de la bondad, la generosidad y la inocencia casi infantil eran la contracara de la sospecha generalizada del “por algo será”.

Para la opinión pública y para la sociedad en general, la incorporación de la militancia social y aun política en la caracterización de las víctimas fue lenta, incluso cuando no era lógicamente contradictoria con el marco interpretativo que caracterizaba a las “víctimas de violaciones a los derechos humanos” y podía encajar sin mayores problemas dentro del mismo. La lucha armada era harina de otro costal, y quedaba en el silencio.

Esto no significa que no haya habido debates y polémicas sobre el tema. Como recuerda Vezzetti, el debate sobre la “violencia revolucionaria” estuvo instalado en la izquierda y en la comunidad política argentina más amplia a partir de la Revolución cubana, si no antes, como parte de la discusión de opciones y estrategias políticas de cada momento presente. Durante la dictadura, estas cuestiones eran tratadas y debatidas en el exilio —en la revista *Controversia* que se publicaba en México, en varios libros testimoniales y otras publicaciones hechas en España—. La mayoría de las contribuciones y debates, implícitos y explícitos, estaban planteados como parte del debate presente y actual (en aquel momento) sobre estrategias y tácticas políticas de la izquierda, las aplicadas y las aplicables: la crítica al foquismo, los “errores” diagnósticos de la relación entre vanguardias y masas como explicación de derrotas y fracasos, etc. También hubo un inicio de reflexión sobre la noción de “guerra” y sobre la aplicabilidad del paradigma de los derechos humanos a los conflictos políticos armados de la época. Insinuaciones tímidas, limitadas, que no tomaron el centro de la escena de debate, que se focalizó en opciones políticas (la democracia, por ejemplo) y en el reconocimiento o no de “la derrota”.

<sup>7</sup> Fotos de una infancia “feliz”, así como boletines de calificaciones escolares “perfectos”, son algunos de los ítems que se incluían en exposiciones organizadas tempranamente por *Madres*.

En Argentina y en la comunidad internacional solidaria, que leía los acontecimientos en la clave interpretativa dominante, el tema de la lucha armada demoró mucho en salir a la luz. Hubo algunas publicaciones académicas sobre la política y la militancia; podía haber testimonios de militancia armada, pero no llegaron a cuestionar la imagen dominante de la víctima. En la transición, además, la política de Estado fue ambigua. Por un lado, la orden de enjuiciamiento incluía a militares y a líderes guerrilleros, pero al año siguiente el juicio a los ex comandantes fue una instancia que avaló y reforzó la visión de un terrorismo de Estado que atacó brutalmente a víctimas. No se juzgaba la “inocencia” o “culpabilidad” de las víctimas: se estaba juzgando la responsabilidad y la culpabilidad de militares represores y asesinos. La lógica judicial, aunque se basaba en el Código Penal, se enmarcaba en el paradigma de los derechos humanos.

Es interesante aquí, ya que de imágenes hablamos, lo que dice el famoso, discutido y revisado prólogo del *Nunca Más*. Allí se habla de las dos violencias, pero no en términos de equivalencias (interpretación habitual —a mi modo de ver equivocada— que dio lugar a la “teoría de los dos demonios”) sino en términos de “escalada de violencias”: hubo una violencia guerrillera que despertó una represión mucho más brutal. Y se trataba de un momento en que el clima político-cultural era de condena a la violencia. Esta imagen de la escalada es análoga a la que Portelli encuentra en varias de sus investigaciones en Italia, mostrando que mucha gente interpreta las atrocidades nazis como “represalias” provocadas por la acción de la Resistencia y los partisanos —claramente, un triunfo ideológico de la derecha (Portelli, “Memoria e identidad” y *La orden ya fue ejecutada*). En ambos casos, vemos una manera de pensar en términos de “acción y reacción”, tratando de responder a la pregunta ¿quién empezó?, pregunta que puede ir retro trayendo la historia hacia atrás, hacia un punto de partida que nunca quedará fijo.

La instalación de la visibilidad de las memorias del activismo social y político pre-golpe tiene que ser mirada en al menos dos tiempos: el tiempo de la militancia y el tiempo de las armas. Fueron las *Madres* quienes rescataron y reivindicaron la militancia de sus hijos, al decir públicamente “nuestros hijos nos parieron”. Después del juicio, lo primero que se torna visible es que muchos desaparecidos estaban comprometidos en una “militancia social”, basada en principios humanistas (a menudo cristianos) de ayuda a los pobres para su mejoramiento social. Sea como activismo social (más fácilmente aceptado) o como activismo político en pos de

un ideal de justicia social, tímidamente comienzan a aparecer figuras de víctimas con voluntad política. El uso de las armas todavía quedaba en las sombras, en el silencio...<sup>8</sup>.

A lo largo de los años ochenta y noventa, investigaciones académicas, relatos autobiográficos o testimonios en archivos de historia oral recogieron documentación e información sobre episodios y organizaciones ligados a la lucha armada. Aparecieron relatos de acontecimientos, análisis de las formas de organización, escritos reflexivos de los propios participantes —a veces acusatorios, otras autojustificatorios. La audiencia para estos textos era, sin embargo, muy limitada. El tema “derechos humanos” estaba identificado con el terrorismo de Estado durante la dictadura, y con el accionar del movimiento de derechos humanos después.

El escenario político y el clima cultural cambiaron en los últimos años. Desde el gobierno nacional se expresó la voluntad de recuperar la iniciativa en el campo jurídico, lo que llevó a retomar y ampliar procesamientos y juicios a represores —en esto, la iniciativa del Poder Ejecutivo encontró eco en el Parlamento que nulificó las leyes de impunidad, y en la Corte Suprema que las declaró inconstitucionales, abriendo el camino para una nueva ola de juicios—. También se fue implementando una política ligada a la recuperación de sitios clandestinos de detención y su incorporación a la cartografía de la historia reciente. Estas iniciativas estuvieron enmarcadas en la fuerza de la figura de la víctima, pero agregando un elemento importantísimo: el reconocimiento público de la militancia.

En ese contexto, el acto en la ESMA desarrollado el 24 de marzo de 2004 fue emblemático, por el protagonismo de los y las sobrevivientes y por el papel central ocupado por el presidente Néstor Kirchner. En tanto se trataba de la recuperación de un lugar clandestino de detención y tortura, solo los sobrevivientes podían dar los detalles del horror allí ejercido. De modo simultáneo y superpuesto, fue la ocasión en que el presidente Kirchner iría a reconocer y homenajear oficial y públicamente

<sup>8</sup> Marta Diana, en el capítulo inicial de su libro *Mujeres guerrilleras*, indica: “El nombre ‘guerrilleras’ fue discutido y rechazado por todas las entrevistadas ya que lo consideraron referido a hechos armados exclusivamente. (...) [A]unque el tema de las acciones armadas no era el punto central que me interesaba, terminó por imponerse como único punto ambiguo de las conversaciones. Quiero decir que el tema se evadía ‘porque no les había tocado’, ‘porque estaban en otro ámbito’, etcétera” (22-23).

a la militancia de los años setenta, identificándose como militante y *compañero* de las luchas sociales de esos años. La militancia estaba presente; la opción por las armas, silenciada. O sea, la reivindicación setentista, allí y en otros ámbitos, es de tono generacional e identificatorio, más que una reivindicación de los ideales o de las prácticas revolucionarias de la época. En gran medida, sigue dominando la imagen de la víctima y su contraposición con victimarios y represores, ahora llevados al banquillo de los acusados.

En verdad, las diversas instancias de exaltación de la militancia que se desarrollaron a lo largo de más de dos décadas impulsaron la construcción de la figura de un/a militante puro/a, idealista, dispuesto a morir por su causa: héroes y heroínas, mártires dispuestos al sacrificio<sup>9</sup>. Esta imagen puede encuadrar muy bien con figuras recurrentes, que se reiteran en diversos ámbitos: son los jóvenes idealistas de los que habla el prólogo del *Nunca Más*<sup>10</sup>, los y las jóvenes o adolescentes “engañado/as” por sus líderes, líderes que, presos por su incapacidad política y su delirio, no escucharon las señales y los anuncios de las masacres, llevando a la juventud en un camino hacia una “muerte anunciada” (Calveiro, Plis-Sterenber, Larraquy; también en el libro y la película “La Noche de los Lápices”).

¿Cómo y cuándo aparece la lucha armada como tema explícito en el espacio público? ¿Quiénes lo traen? ¿Con qué contenidos? En primer lugar, cabe mencionar el debate a partir de la entrevista testimonial a

<sup>9</sup> En esta parte, no entro a analizar las diferencias entre las diversas organizaciones armadas o las posiciones (dentro de la izquierda) de las distintas intervenciones críticas. Tomo el conjunto de memorias y de imágenes, en bloque, sabiendo que hay diferencias –algunas muy obvias, otras sutiles– entre los diversos grupos.

<sup>10</sup> “(...) Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios, muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado la enseñanza de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos... Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de la guerrilla, porque éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento... De estos desamparados, muchos de ellos apenas adolescentes, de estos abandonados por el mundo hemos podido constatar cerca de nueve mil...” (CONADEP 10).

Héctor Jovet y las reflexiones de otros participantes de esa temprana experiencia guerrillera en Salta en los años sesenta (*La intemperie*). El debate siguió varios ejes, desde aspectos instrumentales de la acción guerrillera hasta preguntas más profundas sobre la relación entre ética y política. El origen está en la entrevista, que nombra lo hasta entonces innombrable: el ajusticiamiento de compañeros. La disposición a morir por una causa también requiere matar, y no solamente al enemigo sino como parte de la disciplina interna del movimiento armado. Con esto, la cuestión de las responsabilidades cobra enorme centralidad.

Una mirada sociológica sobre el debate da algunas claves sobre quiénes y cómo traen a la luz el espinoso tema: es un debate donde género y generación se combinan para producir una comunidad comunicativa de “iniciados”. Los protagonistas son hombres, sin participación de mujeres (lo cual se prestaría para un análisis de las relaciones de género y especialmente de las masculinidades en juego, tanto en la lucha armada como en el debate ético-político posterior). Son hombres que tuvieron una participación activa en la izquierda de los años sesenta y setenta, muchos de ellos exiliados, que conforman un grupo con códigos compartidos. Por supuesto, hay “allegados” –algunos más jóvenes, o que no participaron de las mismas experiencias “en carne propia” pero que se han incorporado a esa comunidad a partir de la transmisión de experiencias y memorias–.

En segundo lugar, hay una producción académica importante sobre el tema. Investigadores e investigadoras, especialmente jóvenes, que deciden introducirse en la historia de las organizaciones, fruto de la legitimación de la “historia reciente” como campo de la disciplina. Sus aportes, más distantes en términos de involucramiento personal si se quiere, abrevan en las memorias de los protagonistas. A su vez, producen datos e interpretaciones que entran en diálogo con esas memorias militantes –las que se están abriendo ahora y las que se revelaron en los años noventa en publicaciones como *La Voluntad* o en películas como *Cazadores de Utopía*, que glorificaron la militancia sin hablar de organizaciones, verticalismos o militarismos–.

Ya en esta década, la revista *Lucha Armada en la Argentina* fue un espacio para dar visibilidad e información sobre el tema: la reproducción de documentos de época, las entrevistas testimoniales a protagonistas, el análisis de acontecimientos y de prácticas llevadas adelante en estudios académicos, proveyeron los insumos para varios posibles debates. Más

que el debate mismo en la revista –prácticamente no hay intercambios publicados– la presencia de estos materiales indicaría que se trata de ofrecer los elementos para que cada lector pueda rememorar (a menudo en tono de nostalgia) sobre un pasado ya pasado, reflexionar sobre ese período y esa práctica y sobre las responsabilidades, como insumos para sacar sus propias conclusiones. Se trata de una información y un debate para círculos involucrados –por generación o por afinidad política. También de transmisión para nuevas generaciones, aunque no queda nada claro, más allá de los y las jóvenes investigadores/as sobre el tema, cuán amplio es el círculo de jóvenes que se incorporan al debate<sup>11</sup>.

El análisis crítico y autocrítico de las responsabilidades por las acciones de la guerrilla, así como la discusión referida a la estructura interna de cada una de las organizaciones armadas –militarización, clandestinidad, disciplina y mecanismos de “justicia”–, están en manos de este sector social de intelectuales-políticos y académicos. Por supuesto, hay también apologías de la violencia revolucionaria. Del otro lado, están quienes organizan actos y defienden lo actuado durante la dictadura militar. Pero no podemos dejar de lado otro ámbito en el que se están planteando estos temas y se están dirimiendo disputas: el ámbito judicial. Los juicios y las sentencias están condenando a los represores, una y otra vez. Pero además de los casos, visibles y visibilizados en los medios y aclamados por militantes y activistas por los derechos humanos, hay otra trama presente, no tan visible. Se trata de otra disputa en curso: si pueden o no definirse como “crímenes de lesa humanidad” algunas acciones específicas de la guerrilla. En esto, la controversia y la lucha por el sentido del pasado están en curso, abiertas y, por el momento, con un trayecto incierto e indudablemente sin final a la vista.

<sup>11</sup> Una anécdota de hace unos pocos años, vivida en un seminario sobre la violencia en los setenta realizado en la Universidad de Córdoba. En la mesa participaban varios de los protagonistas de movimientos armados de los setenta, con presentaciones en las que la memoria testimonial compartida (con todos los “guiños” del caso) se cruzaba con reflexiones filosóficas y referencias a los grandes autores. Una audiencia de unas setenta personas, incluyendo un buen número de jóvenes estudiantes e investigadores/as. Frente a una conversación que me pareció totalmente “endogámica”, osé pedir la palabra e interpelar a los/as jóvenes, preguntándoles qué tenían para decir ellos/as sobre lo que se había dicho. La respuesta de uno de ellos, festejada por muchos, fue “¡me aburro!”.

Como ocurre con otros temas políticos del momento actual, estas cuestiones ligadas a la presencia del pasado en el presente caen en manos de la justicia, que tiene que dictar sentencia en lo que claramente es una cuestión de conflicto político. Doy algunos ejemplos de presentaciones recientes.

En diciembre de 2007, un fallo de la Cámara Federal consideró que el ataque realizado por Montoneros al edificio de la Superintendencia de Seguridad Federal de la Policía no podía considerarse como “crimen de lesa humanidad” sino que se encuadraba en el delito común de “estrageo” y, dado el tiempo transcurrido, había prescrito. Este fallo aseguraba que los crímenes de lesa humanidad y por ende imprescriptibles “son cometidos por agente estatal en ejecución de acción gubernamental o por un grupo con capacidad de ejercer un dominio y ejecución análogos al estatal” (*La Nación*, 27/12/2007).

En 2008, cuando se cumplieron 35 años de la muerte de José Ignacio Rucci, la justicia reabrió el expediente a pedido de la familia Rucci. Si bien queda abierta la cuestión de si esta muerte puede encuadrarse como “crimen de lesa humanidad” para así ser considerada imprescriptible, el debate sobre el tema vuelve a estar en la escena pública (ver, por ejemplo, *Página 12*, 27/9/2008).

En abril de 2009, hay una nueva controversia mediático-procesal. Según *La Nación* y otros medios periodísticos, la Cámara Federal de Apelaciones de Rosario confirmó que el secuestro y muerte del coronel Argentino del Valle Larrabure debe ser considerado “crimen de lesa humanidad”. En este caso, se justifica en que “la violación de los derechos humanos de Larrabure tuvo lugar en ocasión de un conflicto armado (...)”. Al día siguiente, la Procuraduría General de la Nación desmiente, diciendo que se trata de una cuestión procesal y no de fondo:

Ante la llamativa recurrencia del error, el comunicado [del Procurador] explica que “recién después de la apertura o reapertura de una investigación” y sólo “si existe algún imputado” puede discutirse si el delito constituye o no un crimen de lesa humanidad. “Forzar una discusión” sobre el punto mientras se analiza la reapertura “no se justifica jurídicamente y parece responder a motivaciones ajenas al proceso penal”, destaca. Ante “ciertas noticias de prensa” que no especifica, la Procuración destaca que lleva años “estudiando el desarrollo del derecho penal

internacional” y “cuenta con recursos humanos de primera línea”, justamente para evitar “caer en una banalización de las categorías jurídicas” (*Página 12*, 22/4/2009).

Traigo estos casos como indicios de debates abiertos en la etapa actual de la historia<sup>12</sup>. Reconocer la existencia de proyectos de toma del poder a través de las armas implica incorporar en la figura del militante armado sus dos caras: está dispuesto a morir, pero también a matar, y lo hace. El espectro de interpretaciones es amplio: hay distintas formas de denegación de la violencia –silencios estratégicos o negaciones más o menos documentadas–<sup>13</sup>; están los testimonios y relatos autobiográficos, descriptivos y reflexivos, con elementos críticos; están los estudios académicos. Y están también las declaraciones públicas, institucionales y mediáticas, donde los conflictos acerca de las interpretaciones del pasado se actúan en el escenario del presente –ese presente que condensa tiempos múltiples: el de la experiencia, el de la lucha política actual, el de los mundos soñados y los horizontes deseados.

## EN SUMA

Algunos fantasmas nos persiguen, recorren el escenario y se instalan: “¡Cuidado con las equivalencias!”. “¡A no caer en la ‘teoría de los dos demonios!’”. Parecería que hay temas definidos como inconvenientes, molestos, incorrectos. Esto es así en la Argentina contemporánea; también en el resto del mundo. En España, la cuestión sobre qué violencias están incorporadas en la Ley de Memoria Histórica es un tema urticante, molesto, con conflictos abiertos aún setenta años después de los acontecimientos. La salida negociada es, a menudo, una transacción según

<sup>12</sup> El 18 de marzo de 2010, el diario *Página 12* informa, en sus declaraciones del día anterior en el juzgado, Alfredo Astiz “reforzó su argumento [tratando de mostrar la existencia de una organización terrorista continental] con citas de Luis Mattini, ex dirigente del PRT, quien admitió que ‘nunca pensamos en democracia’, y de Martín Caparrós, cuando escribió que ‘creíamos muy sinceramente que la lucha armada era la única forma de llegar al poder’” (*Página 12*, 18/3/2010, 10).

<sup>13</sup> Por ejemplo, “CASO LARRABURE, 34 AÑOS DESPUES: El asesinato que no fue”, por Carlos del Frade. *Página 12*, 23/8/2009.

la cual se rememora y se transmite a niños y jóvenes las imágenes de “la violencia” y el sufrimiento de las víctimas, pero sin transmitir la lógica del conflicto político y el contexto histórico en que esas violencias ocurrieron. Como si flotaran en el aire, porque la posibilidad de *una* narrativa unificada está ausente.

En Argentina reciente, hubo un período en que una narrativa –la del terrorismo de Estado y las violaciones a los derechos humanos– fue dominante. Las memorias militares estaban acalladas, subterráneas, denegadas (término que tomo de Ludmila da Silva Catela). También lo estaban las memorias militantes, especialmente las que incorporan como eje la lucha armada. Estamos ahora en un momento de eclosión, en el cual se abren múltiples conflictos interpretativos. Solo a partir de ciertos principios políticos básicos –la dignidad humana, la igualdad, la justicia– es que se torna posible hacer frente a la apertura del tema, sin caer en un “todo vale”, y vale por igual.

Termino con una cita de Yerushalmi:

Contra los militantes del olvido, los traficantes de documentos, los asesinos de la memoria, contra los revisores de enciclopedias y los conspiradores del silencio, contra aquellos que, para retomar la magnífica imagen de Kundera, pueden borrar a un hombre de una fotografía para que nada quede de él con excepción de su sombrero, el historiador, el historiador solo, animado por la austera pasión de los hechos, de las pruebas, de los testimonios, que son los alimentos de su oficio, puede velar y montar guardia (25).

#### BIBLIOGRAFÍA

- CALVEIRO, PILAR. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2005. Impreso.
- CONADEP. *Nunca Más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA, 1984. Impreso.
- DIANA, MARTA. *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*. Buenos Aires: Planeta, 1996. Impreso.

- JELIN, ELIZABETH. "La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado". *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Marina Franco y Florencia Levin, eds. Buenos Aires: Paidós, 2007. Impreso.
- LA INTEMPERIE. *No matar. Sobre la responsabilidad*. Córdoba: Ediciones La Intemperie, 2007. Impreso.
- LARRAQUY, MARCELO. *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*. Buenos Aires: Aguilar, 2007. Impreso.
- PAVONE, CLAUDIO. *Una Guerra civile. Saggio sulla moralità nella Resistenza*. Turín: Bollati Boringhieri, 1991. Impreso.
- PLIS-STERENBERG, GUSTAVO. *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*. Buenos Aires: Planeta, 2003. Impreso.
- POLLAK, MICHAEL. *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen, 2006. Impreso.
- PORTELLI, ALESSANDRO. "O massacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junho de 1944): mito e política, luto e senso comum". *Usos e abusos da história oral*. En Marietta de Moraes Ferreira y Janaína Amado, eds. Rio de Janeiro: Fundação Getulio Vargas, 1998. Impreso.
- \_\_\_\_\_. "Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista". *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Elizabeth Jelin y Victoria Langland, eds. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores y Siglo XXI de Argentina Editores, 2003. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *La orden ya fue ejecutada, Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- SHIRER, WILLIAM. *The rise and fall of the Third Reich*. Londres: Fawcett Press, 1967. Impreso.
- THEIDON, KIMBERLY. *Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.
- VEZZETTI, HUGO. *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2009.
- VINYES, RICARD. "La memoria del Estado". En Ricard Vinyes, ed. *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. Barcelona: RBA Libros, 2009.
- YERUSHALMI, YOSEF H. "Reflexiones sobre el olvido". En Autores varios, *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1989.